

La estructura de la *Versagung* y el sentido de los mecanismos de la formación de síntoma^{*}

Una lectura fenomenológica de las relaciones pulsión-yo

The structure of the Versagung and the sense of the symptom formation mechanisms. A phenomenological approach to the relations drive-self

Por Santiago Sourigues¹

RESUMEN

En “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica” (1919a), Freud señala que la cura debe desarrollarse en un estado de abstinencia. Con ello, se refiere a que el analista debe *frustrar* al paciente, es decir, denegarle las satisfacciones sustitutivas que fundamentan sus síntomas y por las que, en definitiva, se mantiene la neurosis. Llamativamente, esta indicación para el analista guarda una relación de homología respecto de aquello a raíz de lo cual se produce el desencadenamiento neurótico: una *frustración* (*Versagung*) de la satisfacción. Es precisamente en virtud de esta homología que Freud fundamenta que el analista no deba adoptar el llamado *furor curandis*. Deja ello entrever, pues, que la neurosis implica una modalidad de satisfacción distinta de aquella que la *Versagung* promueve en el horizonte de la cura.

Recuperando tal dimensión, este trabajo busca realizar una contribución al análisis del valor estructural y posibilitador de nuevas posibilidades de satisfacción implicado por la *Versagung*. Siendo tal nuestro objetivo, nos valdremos asimismo de una serie de correlaciones entre el yo, la pulsión (y sus modalidades de satisfacción) y la vivencia del fenómeno del mundo (para cuyo análisis nos valdremos de ciertos planteos de Merleau-Ponty sobre las nociones de mundo y de existencia). Dichos ejes nos permitirán esclarecer el valor estructural de la *Versagung* en la cura, la cual daría cuenta en el dispositivo analítico de aquella posición del analista por la que, al no proveerse ulteriores satisfacciones sustitutivas, se propicia en cambio un pulsionar hacia la curación, motorizando esta última.

Palabras clave: *Versagung* - Pulsión - Yo - Mundo

ABSTRACT

In “New paths of the analytic therapy” (1919a), Freud points that the psychoanalytic cure must be developed in a state of abstinence. By doing so, he means that the analyst must frustrate the patient, this is, deny him the substitutive satisfactions which base his symptoms and due to which neurosis is maintained. As a matter of fact, this indication for the analyst presents a relation of homology regarding the root which produced the neurotic outbreak: a frustration (*Versagung*) of satisfaction. It is precisely by virtue of such homology that Freud points that the analyst must not adopt the so called *furor curandis* (healing furor). This allows to notice, thus, that neuroses implies a modality of drive satisfaction different from that which the *Versagung* promotes in the horizon of the cure.

Recovering that dimension, this work tries to make a contribution to the analysis of the structural value – creator of new possibilities of satisfaction – implied by the *Versagung*. Being such our objective, we will make use, in addition, of a series of correlations between self, drive (and its modalities of satisfaction) and the experience (*Erlebnis*) of the phenomenon of the world (for whose analysis we will appeal to certain developments made by Merleau-Ponty on the notions of world and existence). Such axis will enable us to elucidate the *Versagung's* structural value in the cure, which would give an account in the psychoanalytic setting of that position of the analyst by the means of which, due to not providing any further substitutive drive satisfactions, a driving towards cure is instead fostered.

Keywords: *Versagung* - Drive - Self - World

^{*}Este artículo se enmarca en el proyecto de investigación UBACyT (2014-2017): “Articulación de las conceptualizaciones de J. Lacan sobre la libertad con los conceptos fundamentales que estructuran la dirección de la cura: interpretación, transferencia, posición del analista, asociación libre y acto analítico”. Director: Dr. Pablo D. Muñoz. Acreditado y financiado para el Período: 01-08-2014 al 31-07-2016.

¹Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología, Cátedra de Psicología Fenomenológica y Existencial y Cátedra II de Historia de la Psicología. Buenos Aires, Argentina.

Pulsión, yo y mundo

En “Análisis terminable e interminable” (1937) Freud aborda, entre otros, el problema de la relación entre la pulsión y el yo, ubicando a la neurosis como un conflicto planteado a un sujeto escindido entre pulsión y defensa. Al respecto, señala en esta ocasión que la “operación genuina de la terapia analítica” consiste en la “rectificación del proceso represivo originario” (*Ibid.*, p.230). Así pues, el análisis es ante todo “magistralmente capaz” de, “merced al fortalecimiento del yo, sustituir la decisión deficiente” (*Ibid.*, 223). El análisis tiene por objetivo la revisión de las represiones, es decir, la posibilidad de una opción distinta para la pulsión que la de su represión y su posterior satisfacción sustitutiva por la vía del síntoma. Esto último lo leemos en el exhorto de Freud sobre aquello que implica la resolución del conflicto entre pulsión y yo/defensa: “Ciertamente, no el hacer desaparecer la demanda [pulsional] de modo *que nada se vuelva a oír de ella* nunca. Esto es, en general, imposible, y tampoco es en absoluto deseable.” (1937b)

En la misma dirección ubicamos la interrogación de Freud sobre la responsabilidad moral por el contenido de los sueños (1925), en donde escribe que el yo se ha desarrollado como un sector diferenciado del ello, y que en tanto tal, no le cabe desentenderse de las mociones pulsionales que parten del ello, mociones en las que se arraiga pero que des-conoce en la medida en que está al servicio del principio del placer y tales mociones implican un conflicto con el mundo exterior. Por ende, si sofoca tales mociones, es decir, si se mantiene férreo en su servicio al principio del placer y la realidad, no logrará más que padecer de la hiperpotencia de su conciencia moral o no llegará en la vida más que a la inhibición o a la hipocresía.

El yo, por estar al servicio del placer, genera una distribución de puestos imaginarios en los que aquello pulsional de sí que es contrario al principio del placer es expulsado de su organización y es situado como radicalmente ajeno a su síntesis¹. Inversamente, las pulsiones des-sintetizan al yo. Es decir, si aquellas exigencias pulsionales son des-conocidas por el yo como algo ajeno a sí, pero al mismo tiempo, esas mociones forman parte de lo que Freud en el citado escrito de 1925 denomina “el ser”², “el ser” así concebido comporta una espesura que rebasa la circunscripción al yo. Dicho de otro modo, si el yo es el polo de la identificación, la identidad yoica hunde en la pulsión sus íntimas raíces, las cuales, en tanto lo des-sintetizan, son también pasibles de llevarlo más allá de su síntesis. Así, lo que funda al yo constituye su posibilidad de re-fundación. En el movimiento pulsional des-sintetizador, el yo se orienta pulsionalmente hacia el mundo, relanzando la dialéctica de su identificación, pues el nuevo tender pulsional antes desalojado de su síntesis en la represión, al encontrar otro destino, lleva a que la síntesis yoica que lo reprimía ahora sea negada. He aquí el análisis del yo, por el que el yo es negado al tender al mundo desde las pulsiones antes reprimidas. En un momento posterior, no obstante, el yo³ se reorganiza y se resintetiza, de ahí que Freud indique en “Nuevos caminos

de la terapia psicoanalítica” (1919a) que posterior al análisis no es precisa una psicosis, pues de ella se encarga por sí sola la organización yoica.

Así, en el movimiento pulsional des-sintetizador, el yo relanza la dialéctica de las identificaciones, reidentificándose, resintetizándose. El yo se resintetiza y se reidentifica recogiendo en-sí, es decir, recogiendo lo dado de su síntesis, y rebasándose más allá de sí al abrirse al mundo por medio de aquello más íntimo y más ajeno que excluye de su síntesis y que a la vez lo funda, y que se halla en el núcleo del síntoma, como fundamento pulsional del mismo. Si lo pulsional funda al yo, un yo sin pulsión es un yo sin fundamento. La pulsión es primaria respecto del yo, y no al revés. De ahí que los fenómenos regresivos de la psicosis, en su recorrido inverso a la ontogénesis de las relaciones libidinales, no se detengan en el reinvestimento del yo (la mentada por Freud “regresión al narcisismo”), sino que, pasando por la regresión al narcisismo, prosigan la vía regresiva hasta las pulsiones, las cuales se revelan entonces como primarias respecto del mismo.⁴

El planteo sobre la resolución del conflicto pulsión-yo queda, pues, en estas referencias, ilustrado bajo la rúbrica de un actuar del yo conforme al ello como implicancia fundamental del levantamiento de las represiones. Curiosamente, contra toda adaptología del yo, el fortalecimiento yoico (recordemos la primera cita referida) no viene aquí de la mano del ajuste a la realidad ni de la dotación al yo de ciertas herramientas o recursos de los que se pudiera valer, sino de un actuar conforme a la revisión de aquellas exigencias pulsionales más allá del principio del placer, sobre las que el yo se asienta pero que des-conoce o des-oye, sirviendo al principio del placer. El fenómeno del desconocimiento de la pulsión por el yo se torna nítido en la forma de un desoír a partir del superyó. De ahí que el superyó se caracterice doblemente por ser una voz que se hace escuchar imperativamente y que se vuelva tanto más imperativa, exigente y cruel en forma proporcional de la renuncia pulsional: la exigencia que la pulsión plantea, cuando reprimida, el superyó la retoma en forma desfigurada. El superyó es la voz de la pulsión acallada, de la cual extrae su fuerza pulsionante, y sus caracteres de exigencia e imperatividad.⁵ Simultáneamente, el yo extrae de la pulsión su fuerza, de ahí que Freud en numerosas ocasiones hable de la pérdida de energía que sufre el neurótico, de la cantidad de energía necesaria para el mantenimiento de la pulsión y de cómo el levantamiento de la represión da nuevas fuerzas al yo.

Como su reverso, conlleva esta relación entre la pulsión y el yo la posibilidad de concebir una modalidad de satisfacción pulsional distinta de la de los sustitutos represores (y la consecuente prosecución superyoica de la exigencia pulsional) de los que se vale la modalidad neurótica, una modalidad de satisfacción ya no sustitutiva, en la que las exigencias pulsionales no son des-oídas y el yo “domeña” la pulsión a condición de ceder en su servicio al principio del placer y de incluirla en su síntesis de un modo específico, abriendo, en un movimiento, su síntesis a tales demandas pulsionales (lo que la niega y mueve a su resintetización, relanzando la dialéctica de su identificación).

La *Versagung* como relevo de la pulsión

Paralelamente, en *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica* (1919), Freud sentencia que es una *Versagung*⁶ de la satisfacción pulsional aquello a raíz de lo cual eclosiona la neurosis. Esta pulsión insatisfecha aspira a su posterior satisfacción al enredarse en una trama de elementos y realizar dicha satisfacción en la forma sustitutiva y desfigurada del síntoma. Por lo tanto, la tarea del análisis consiste en librar de tal trama de elementos a las mociones pulsionales que fundamentan los síntomas, es decir, en descomponer esa trama y reducir el síntoma a sus fundamentos pulsionales mínimos. Dicha trama, según lo expuesto en “Se pega a un niño” (1919b, págs. 179-180), en “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad...” (1906) y en “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad” (1908), aparece como el conjunto de elementos que provee la fantasía, por los cuales constituye su función de defensa contra la pulsión y el autoerotismo al fijar la pulsión a un objeto e insertarla en el marco de una escena.

Este mismo planteo, por otro lado, se presenta en la 23^o Conferencia de Freud, titulada “Los caminos de la formación de síntoma” (1917) como la retirada de la libido hacia la fantasía, que sigue a la *frustración* de satisfacción pulsional. Esta fantasía, otrora admitida por la organización yoica, una vez reinvestida por la libido insatisfecha, deviene intolerable para el yo y es reprimida, tornándose inconsciente y expresándose figurativamente, por último, en el síntoma, el cual, en este sentido, no es sólo una satisfacción sustitutiva, sino también la expresión figurada de una fantasía sexual inconsciente. (*Ibid.*, pág. 340).

A partir de ello, podemos delimitar una correlación entre los términos. En efecto, si lo propio de la pulsión es que su objeto sea variable y desplazable (Freud, 1915), y lo propio de la fantasía (en tanto su reinvestimento es condición del estallido de la neurosis) es el prestar a la pulsión una trama en la cual enredarse y un objeto al cual fijarse, restringiendo así a esta las posibilidades de su satisfacción, la neurosis, respecto de la pulsión, es una forma de modalizarla, es decir, de vivenciar (*erleben*) la pulsión en tanto que fijada, objetivada fantasmáticamente y restringida en sus posibilidades de satisfacción a cierta trama.

La vivencia (*Erlebnis*) del mundo

En la referida conferencia (*Ibid.*), asimismo, señala Freud que la neurosis no es otra cosa que la sustitución de una modificación del mundo exterior por una modificación del yo. En efecto, el actuar no represor conforme a la pulsión, que lleva a su satisfacción por fuera de la vía sustitutiva del síntoma, implica una modificación del mundo, lo cual, como dijimos arriba, se halla por fuera del principio del placer. En contraste con ello, cuando esta es reprimida y se satisface sustitutivamente, aquello que se modifica es el yo.

Ubicamos aquí una segunda correlación: la modificación como término correlativo de la satisfacción de la

pulsión. Es decir, aquella se presenta según las modalidades de esta última. Vale decir: según Freud, si el correspondiente de la satisfacción pulsional es una modificación del mundo exterior, el correlato de la satisfacción sustitutiva es una modificación del yo.

No obstante, cabe la pregunta: ¿Qué mundo es el que está en juego cuando Freud habla de “modificación del mundo” y lo contrapone a la “modificación del yo”? ¿No hay acaso modificación del mundo exterior en ciertos fenómenos sintomáticos, como bien ilustran las compulsiones o los síntomas en dos tiempos de la obsesión? ¿En qué consiste entonces específicamente la modificación del mundo neurótica? ¿De qué mundo hablamos cuando hablamos de un mundo que se modifica en lugar de una modificación del yo? Inversamente, ¿es la modificación del yo patrimonio exclusivo de la neurosis? ¿No caemos en una contradicción al sostener esta tesis y simultáneamente afirmar que la cura analítica supone la rectificación de la represión “merced al fortalecimiento del yo”, donde es claro que hay una modificación de yo en juego? Es decir, ¿no implica correlativamente la cura analítica, en su operatoria respecto de la pulsión y el deseo, modificación alguna del yo?

Quisiéramos llamar la atención sobre lo siguiente: como bien lo ilustra la casuística brindada por la clínica, Dora no puede hablar durante la ausencia del señor K., del mismo modo que el Hombre de las Ratas no puede pagar las 3,80 coronas y que Elizabeth no puede disponer de sus piernas más que como meros objetos inertes, no como medios de anclaje a un mundo. En todos los casos, pues, vemos acontecer, correlato de la neurosis, no sólo, como indica Freud, una modificación del yo, cuyas posibilidades se ven coartadas y hundidas, sino también, una modificación de la realidad del yo. Esta realidad no se nos presenta aquí como una realidad objetiva, sino como una red de significaciones, un tejido de intenciones, de relaciones libidinales y de objetos libidinales posibles a los que tender.

Un caso esclarecedor lo constituye Elisabeth von R. Ella posee sus piernas en un nivel objetivo, es decir, ella no dice no tener piernas. No obstante, no dispone de estas piernas que posee. Estas mismas piernas que sabe que tiene en un nivel objetivo, le están amputadas como referencia intencional a un mundo, como potencia de avanzar en un mundo, un mundo que, de este modo, ya no es pasible de ser caminado. Es un mundo constituido como multiplicidad *abierta* de *sentidos*⁷, del que, a partir de cierto momento, se excluye el avanzar en él, sentido que se halla amputado de esta multiplicidad, que así, se *cierra*. Por lo tanto: según el caso, nos anoticiamos, junto con las mencionadas modificaciones del yo, de un mundo imposible de ser caminado, de un mundo restringido por la imposibilidad de ser hablado o simplemente por limitarse a no ser otra cosa que la ocasión del pago imperativo de una deuda insalvable.

De este modo, dado que el mundo de la neurosis no deja de ser modificado por medio de las imposibilidades, los sentidos amputados y/o por los restringidos caminos que las compulsiones le imponen, en suma, por una serie

de modalidades pulsionales que se fijan y restringen así el marco de posibilidades libidinales del yo, consideramos que la alternativa mundo exterior-yo no permite dar cuenta de ciertas especificidades del fenómeno. Ni el mundo en la neurosis no se modifica, ni el yo no deja de modificarse en los caminos de la terapia analítica. Es decir, la aplicación al mundo de la categoría de la modificación con independencia de la neurosis nos resulta inespecífica, dado que, a su propio modo, el mundo “exterior”, “cósico”, en la neurosis también es modificado, como bien lo exponen las compulsiones y los rituales de la neurosis obsesiva. Este uso de la categoría, al reservar el empleo de la “modificación” sólo para aquel actuar conforme a la revisión de las represiones, y excluir su empleo para la neurosis, presenta dos dificultades. Por un lado, oculta que la neurosis también implica una modificación del mundo (por ejemplo, en tanto amputación o restricción de sentido, pero simultáneamente, funcionando como continente en el cual se redistribuyen sus elementos). Por otro lado, al no emplear la categoría en ambos casos, se pierde la especificidad de las modificaciones del mundo producidas en uno y otro caso. Sólo decir que el mundo es modificado en ausencia de la neurosis deriva finalmente en que no se realice una interrogación ulterior sobre las *características específicas de cada tipo de modificación*. La contradicción contenida en dicha tesis se torna clara en el caso del accionar compulsivo, en donde si bien observamos una modificación objetiva del mundo por medio de cierta acción motriz, ello no deja de ser una nulidad en el plano subjetivo, pues conserva intacta una misma red estable de significaciones y relaciones libidinales (segunda acepción de *mundo* que hemos distinguido), las cuales permanecen subtendidas por la modalidad sustitutiva de satisfacción pulsional que se mantiene constante en la regresión a un punto de fijación. Se recae pues, en una reducción que, al momento de dar cuenta de la estructura del fenómeno, se muestra insuficiente. De este modo, aplicar la categoría en uno y otro caso nos permitirá explorar las modalidades específicas de modificación del mundo correlativas de cada uno. Veamos en un caso las consecuencias de estas afirmaciones.

En la Conferencia 16^o, “El sentido de los síntomas” (1917^a), Freud comenta el caso de una joven que en cuya noche de bodas su marido, un hombre muy mayor a ella, fue impotente. Ante su impotencia, el hombre, señalando lo avergonzado que se sentiría al día siguiente en el caso de que la criada no encontrara en las sábanas la huella de la consumación sexual del matrimonio, derrama tinta roja en la sábana, sólo que lo hace en un lugar inadecuado. La joven desarrolló posteriormente una acción obsesiva, según la cual corría de una habitación a la contigua, se paraba ahí en determinado lugar frente a la mesa, cuyo mantel exhibía una mancha difícil de ignorar, llamaba a la mucama (para hacerle algún encargo más o menos trivial) y nuevamente corría a la habitación primera. Si bien en una primera interpretación podemos postular que en la acción obsesiva la muchacha se identifica a su marido, obturando su impotencia, lejos está de reducirse

el sentido de la acción obsesiva a ello. Así, Freud señala: “La mujer no se limitó a repetir la escena, sino que la prosiguió, y al hacerlo la corrigió, la rectificó.” (Freud, 1916-17, p. 240).

La primera interpretación del sentido del síntoma, según la cual éste consistiría en la mera corrección de la impotencia del marido (lo cual permitiría “sostener un Otro sin barrar”) es sólo una lectura superficial, pues si la depuráramos de términos técnicos, al cabo de la eliminación de su decorado terminológico, ella sólo rezaría: “por medio de la acción obsesiva ‘se tapan’ los ‘defectos’ del marido”. Por medio de esta encubierta noción de sentido común disfrazada, se afirmaría correlativamente que el Otro sería el marido y si en el esquema conceptual lacaniano la falta en el Otro es el deseo, aquí aparece degradada a “defecto”. De este modo, se rebajaría el aparato conceptual analítico para sólo retraducir en un discurso más o menos erudito que produce agrado estético nociones del más llano sentido común. En efecto, Freud prosigue a continuación:

“Pero así corrigió también lo otro, lo que aquella noche fue tan penoso e hizo necesario recurrir al expediente de la tinta roja: la impotencia. La acción obsesiva dice entonces: ‘No, eso no es cierto, él no tuvo de qué avergonzarse frente a la mucama, no era impotente’; como lo haría un sueño, figura este deseo como cumplido dentro de una acción presente [...]”. (Ibíd., p. 240).

Como podemos apreciar, lo que subyace a la cuestión de la impotencia es lo penoso y la referencia al deseo que no fue cumplido por la impotencia, deseo cuyas expectativas de cumplimiento entran en contradicción con su matrimonio. La conservación del matrimonio, por ende, no es sin la represión del deseo como condición. Ese deseo, que entra en contradicción con el matrimonio, al ser reprimido, retorna como reproche dirigido al marido. En este contexto, la acción obsesiva cumple la función de negación del reproche que retoma el lugar del deseo y la pena producida por la ausencia de su cumplimiento. Ante el reproche dirigido al marido (el cual llevaría hacia la ruptura del matrimonio con miras al cumplimiento del deseo), la acción obsesiva dice: “¡No, eso no es cierto!”, lo que más que una salvaguarda del marido, configura una pretensión de engaño del deseo (“Eso no es cierto; él no tuvo de qué avergonzarse”, es también: “Él fue potente; el deseo halló su cumplimiento”). “El secreto más hondo de la enfermedad”, juzga Freud, consiste en que por medio de la acción obsesiva, la joven pone a resguardo a su marido de la maledicencia y se mantiene en un estado de indecisión respecto de su vida amorosa, debatiéndose acerca de la obtención de un divorcio por vía judicial, pero simultáneamente permaneciendo fiel a su marido y rehuendo todo contacto para no tentarse. He aquí un rasgo crucial: al reprimir el deseo, la joven preserva un *statu quo* de objetos libidinales posibles, una trama de relaciones libidinales, un mismo tejido de significaciones, un mismo mundo. Como observamos, la joven sólo puede conservar su matrimonio desoyendo sus

propios reproches para con su marido, los cuales por cierto supondrían el fin de su matrimonio y, así, la pérdida del marido como objeto del deseo y la búsqueda de nuevos objetos posibles. Es en este sentido que el mundo se modifica en el levantamiento de la represión: es un mundo que se altera en su estructura de significaciones, en su entramado libidinal. Así, la joven sólo puede preservar el matrimonio reprimiendo los reproches hacia su marido, los que retornan en la forma de una voz insistente que es insuficientemente acallada por la acción obsesiva del contenido opuesto. Así, el deseo reprimido se continúa en la voz, y lo que la voz afirma en el reproche, la acción obsesiva lo niega. El reproche extrae su fuerza del deseo reprimido (de ahí que en esta misma conferencia afirme Freud que el carácter esencial de la neurosis obsesiva es el desplazamiento del afecto).

Según podemos constatar en la referencia anterior, la acción obsesiva no deja de realizar modificaciones en el mundo exterior. No obstante, es en el plano del deseo que el mundo no sufre ninguna alteración y que la acción obsesiva procura, mediante un compromiso, compatibilizar un deseo (al que reprime pero figura como cumplido simbólicamente) con el matrimonio que se opone a su cumplimiento efectivo (ya no figurado sintomáticamente), cuya conservación hace necesaria la represión de dicho deseo. Estas dos mociones en conflicto son las que simultáneamente se hallan sostenidas en el síntoma. El síntoma, por lo tanto, es en esencia conflicto.

Podemos así concluir la conveniencia de hacer a un lado la alternativa dicotómica entre modificación del mundo vs. modificación del yo. Proponemos, en cambio, releer la relación del sujeto con el mundo en función de la pulsión, del deseo y del sistema de significaciones y relaciones libidinales en juego. Podemos así delimitar dos presentaciones del mundo: una, posterior al estallido de la neurosis, en la cual se nos presenta extirpado de posibilidades pulsionales/libidinales, o bien restringido en ellas. El concepto mismo de fijación cabe releerse en conjunto con el de mundo: el mundo, en cuanto totalidad remisional de sentido, en cuanto trama estable de significaciones y relaciones libidinales, se halla en la neurosis restringido por una modalidad pulsional determinada que se fija. Otra modalidad del mundo, aquella que resulta de la marca por el actuar conforme a la revisión de la pulsión, que significa la satisfacción de la misma bajo una modalidad que no rehúye la *Versagung* y es distinta de aquella propia de la regresión a la fantasía. Contrariamente al primero, que se modifica en el plano óptico (sea por las imposibilidades, los imperativos o las restricciones) pero que en cuanto a la trama de relaciones pulsionales se halla fijado y reducido a una modalidad de ella, que estabiliza y fija tal trama, sería este segundo un mundo modificado, pero ya no (o bien, no sólo) en el plano óptico, sino modificado en su estructura misma de significaciones por una actitud de *apertura* a posibilidades pulsionales des-conocidas por la represión (“desalojadas” por la represión, podríamos decir según otra de las traducciones posibles del término), un mundo dialectizado por el deseo y la pulsión, un mundo sometido a una negación tal que, pasando por la angustia como

término último de la defensa, inaugura la posibilidad de una síntesis que incluya los términos precedentes negados, superándolos⁸. La modificación del mundo, pues, implica un mundo que es modificado, no sólo cual continente en el cual cambia la disposición de sus elementos al tiempo que se presenta igualmente restringido a ciertos sentidos fijados o amputado intencionalmente⁹, sino un mundo modificado en su estructura de significaciones misma, en su red de relaciones libidinales, a partir de la asunción de posibilidades que reanudan la síntesis del yo y que merced del proceso represivo habían quedado trunca. Así, dicha síntesis, siendo atravesada por la pulsión y el deseo, se abre al mundo por medio de sentidos antes des-oídos, lo cual implica que ese mundo (en tanto trama de sentidos) se ve modificado. Ese mundo antes despulsionalizado por la represión¹⁰ y repulsionalizado sustitivamente (sintomáticamente) es ahora repulsionalizado en forma no sintomática, lo cual plantea el problema de los destinos pulsionales posibles y los modos posibles de satisfacción no sintomática. Así, el mundo, como sistema de estabilidad relativa de significaciones y relaciones y objetos libidinales, se ve en su estructura modificado al abrirse la síntesis yoica a aquello de sí que la funda: pulsión y deseo. Con la reestructuración de la red de sentidos que tiene a la pulsión y el deseo reprimidos como fundamento, se modifican pues yo y mundo, los cuales, antes que una alternativa, se muestran como polos correlativos que co-varían según las distintas modalidades de satisfacción (sustitutiva/no sustitutiva) y de deseo (reprimido/cumplimiento de deseo), pero, cosa importante, la lectura de estas dos modalidades del mundo no debe ser leída en forma lineal ni maniquea o valorativa (no hay “uno mejor que el otro”). No se pasa de una a otra: ambas configuran los dos momentos constitutivos de la estructura del mundo. La represión no se levanta de una vez y para siempre, sino que el levantamiento es seguido por un momento sintético (es en este sentido que entendemos lo inconsciente como estructural; no como una “cosa inagotable”). Del mismo modo, el mundo, una vez abierto en su estructura, se cierra luego en el retorno al momento sintético *necesario* para la integración de la vida anímica. Sin la operatoria posterior de dicho momento, la negación del mundo dado realizada por el tender de la pulsión y el deseo antes reprimidos sólo llevaría a la vivencia de pérdida y destrucción del mundo, como de hecho ocurre al psicótico. Aquí está el punto de Freud (1919a) al señalar la operatoria de síntesis posterior a la maniobra analítica, la cual deja en claro que opera sola y más allá del analista.

Queda entonces situada una nueva correlación. Sobre la base de las anteriores, obtenemos pues las siguientes dos series de correlaciones, las cuales implican los dos momentos (apertura y cierre) constitutivos de la relación entre la pulsión y el deseo, por un lado, y el sistema yo-mundo por otro lado, entendido como organización sintética estable de significaciones. Así, el primer momento indica el fundamento constitutivo del segundo, el cual consiste en una fijación y estabilización sintética de lo dado en el primer momento. El segundo momento, por lo tanto, al incorporar a su trama de sentidos fijados los sentidos pulsionales reprimidos propios del momento

fundante, se modifica en su estructura, la cual es así negada por deseo y pulsión. Finalmente, por la misma estructura del yo (por ello es que Freud (1919^a) sostiene que luego del análisis no es necesario un momento sintético, pues la organización yoica produce por sí sola dicha estabilización y síntesis de sentido), la síntesis de la fijación antes dada y su negación por el deseo y la pulsión

son suprimidas, conservadas y reintegradas dialécticamente en una síntesis superadora, que incluye el momento de cierre de la neurosis y su apertura en el análisis, los cuales se vuelven a estabilizar y cerrar en un nuevo mundo, incluyendo este nuevo mundo al mundo de la neurosis y a los sentidos pulsionales y de deseo por medio de los cuales se había negado antes dicho mundo.

Conflicto	Modalidad de satisfacción	Objeto	Mundo	Yo
1) Pulsión	Satisfacción pulsional	Objeto variable	Modificación del mundo/ Apertura - asunción de nuevo sentido vía negación (por la pulsión y el deseo) de lo dado y posterior reestabilización en una síntesis dialéctica superadora	Modificación del yo /Apertura - asunción de nuevo sentido vía negación (por la pulsión y el deseo) de lo dado y posterior reestabilización en una síntesis dialéctica superadora
Deseo	Cumplimiento de deseo			
2) Defensa- Represión (Yo/desconocimiento)	Satisfacción sustitutiva sintomática Deseo reprimido (modalidad defensiva del deseo y cumplimiento figurado simbólicamente - vía condensación y desplazamiento - en el síntoma)	Objeto fijado - Modalidad fijada de deseo y pulsión (Fantasía)	Mundo inalterado en su estructura de significaciones y trama de relaciones libidinales/ Cierre - reafirmación del mundo dado - restricción de su estructura de sentidos libidinales a aquellos ya dados en su organización sintética estable ya dada	Síntesis yoica subordinada sintomáticamente a la realidad/ Cierre- restricción de sentidos libidinales a aquellos disponibles en su síntesis represora dada

Este cuadro nos permite ilustrar sucintamente el recorrido hasta aquí trazado. En él buscamos exponer el juego de correlaciones correspondientes a cada opción entre las cuales el sujeto se escinde en la neurosis. Como podrá apreciarse, cada serie, al recuperar el fenómeno de mundo subyacente a las modalizaciones de la pulsión y a los procesos metapsicológicos de formación de síntoma, nos permite restituir a la neurosis, tras el reduccionismo de la causalidad de los fenómenos psicopatológicos a anónimos mecanismos psicopatológicos, una fundamental dimensión de significación que le es inherente.

Conclusiones

De acuerdo a lo desarrollado hasta aquí, la neurosis estriba en un enfermar para no decidir, entendido ello en el estricto sentido de optar por la represión de la pulsión y no realizar el acto que ella comporta. En contrapunto con ello, un análisis plantearía entonces la posibilidad de revisión de la represión de la pulsión, de ahí que tenga que desarrollarse en un estado de abstinencia y que el analista deba frustrar/denegar (*versagen*) al paciente, efectuando una *Versagung* de satisfacción, puesto que de no hacerlo, seguiría otorgando a la pulsión subrogados con los que satisfacerse sustitutivamente, haciendo extensiva a la cura la modalidad sintomática de satisfacción de la pulsión en tanto reprimida y fijada que es co-extensiva de la neurosis, siendo así, en definitiva, cómplice de la neurosis al coadyuvar su modalidad pulsional. La *Versagung* es un primer paso en la cura, que por su estruc-

tura misma posibilita¹¹ cancelar la modalidad de satisfacción pulsional (sustitutiva) de la neurosis, siendo el punto de partida hacia otras modalidades de satisfacción. En tanto se desarrolla en un estado de *Versagung*, la cura adopta, pues, una homología estructural respecto de aquello a raíz de lo cual se produjo el estallido neurótico. He aquí sus posibilidades de rever la opción del yo por el rehuir aquello pulsional que lo funda subyacente al mecanismo patológico de formación de síntoma: es tal relación de homología estructural lo que mediatiza un nuevo encuentro en la cura con aquello que antes fue reprimido, es decir, la actualización en análisis del conflicto. Sólo en virtud de dicho reencuentro con una instancia de posibilidad en la que la represión inclinó la satisfacción por la vía sustitutiva del síntoma, enfermando para no decidir (o bien, adoptar un compromiso, se actualiza, por consiguiente, la posibilidad de una opción distinta), puede reverse el proceso represivo y desamarrar la satisfacción de sus sustitutos, reencauzando la pulsión por nuevos destinos.

Por un lado, tenemos entonces a la *Versagung*, que al no proveer subrogados con los que satisfacerse, hace que a la pulsión sólo le quepa pulsionar hacia la cura, con miras a satisfacerse de otro modo al cabo de la cura analítica. Es en virtud de ello que afirmamos que ella actualiza una posibilidad de rever las decisiones en la base de las represiones. Dicha decisión, que en esencia es decisión de modificación de destino pulsional, cabe destacar, no es una decisión del tipo “yo decido”; no es una acción del yo. Si la pulsión es pre-yoica, de ningún modo puede el yo optar por darle un curso u otro, pues él es un derivado

suyo. No es una decisión que él pueda tomar porque está fuera de su alcance y competencia. En tanto servidor y mediador entre los conflictos que imponen la pulsión y la realidad, el yo sólo puede dar su aquiescencia a la pulsión o estar advertido de los efectos acarreados por la represión, estar advertido de que la represión no es gratuita, que de la subordinación adaptativa a la realidad, haciéndola primar sobre la pulsión, no se sale indemne, pues la exigencia de la pulsión reprimida es retomada por la voz del superyó y la formación de síntomas.

No es en tal sentido casual que el último bastión de la neurosis Freud lo ubique en el sentimiento inconsciente de culpa. Si el superyó se nutre de la represión y mortifica al yo por medio del sentimiento de culpa, la represión primordial (*Urverdrängung*), en sintonía con lo inconsciente en su acepción estructural, implica un superyó último e irreductible producido como efecto de la constitución de lo reprimido primordial, cuyo sentido esencial, antes que en la resultante de un mecanismo psíquico acéfalo, ha de rastrearlo en la imposibilidad de síntesis yoica última del deseo. La estructuralidad de lo inconsciente (la postulación de un inconsciente estructural y no reprimido) designa que lo inconsciente no consiste en un cúmulo de contenidos desalojados de la conciencia (y por lo tanto alojados en un inconsciente concebido como algún-otro-continente eventualmente agotable y descifrable), sino la imposibilidad última de hacer que el yo reabsorba lo inconsciente y sintetice acabadamente pulsión y deseo. De ahí que ese último sentimiento inconsciente de culpa no resulte de una represión secundaria, sino que sea el efecto de un proceso represivo anterior, de valor estructural, el cual marca la radical disyunción última entre yo y deseo y pulsión. En tal dirección, no hay cura última de la neurosis, por cuanto no hay cura última de la estructuralidad de lo inconsciente ni del superyó correlativos de la represión primordial, de esa escisión entre yo y deseo y pulsión: no hay cura última del deseo, sino cura *por* el deseo. Por eso es que el yo no decide ni elige; a lo sumo puede conceder al deseo y la pulsión, puede como máximo ceder en su subordinación a la realidad y su consecuente afán represor al encontrar menos motivo de sufrimiento en la satisfacción de la pulsión en la realidad que en su represión y posterior retorno. Pero ello no es una simple acción que dependa de su mejor o peor voluntad o “cooperación” (el análisis no es táctica de persuasión del yo): el ceder en dicho afán y encontrar para la pulsión una vía de satisfacción en la realidad que difiera de la represión (es decir, una vía distinta de la disociación represora entre pulsión y realidad), implica para el yo abrirse a su fundamento, y así, implica su des-sintetización y su modificación, encuentro con la frontera de su propia constitución que produce angustia. Si el yo y el mundo son dos formaciones estables de significaciones, la pulsión en tanto los funda, al emerger en ellos, los inestabiliza (analiza, fragmenta las unidades que ellos constituyen), los hace temblar en sus cimientos (cuyo afecto correlativo es la angustia) y les impone la tarea de reestabilizarse y resintetizarse.

Por otro lado, y en contraposición a la *Versagung*, la

resistencia viene a dar cuenta de aquella indecisión, de aquella posición de conflicto que se resiste y de este modo, persiste. En esta última, despuntando en la angustia la posibilidad de negación de la síntesis yoica dada y su correlativo mundo de significaciones estables, la síntesis dada es reafirmada, renovándose la represión. Es decir, no avanzando más allá de la angustia, se renueva en tiempo presente una posición de conflicto antes consumada. Y la resistencia consiste justamente en ese movimiento por el que se renueva una vieja decisión ya consumada pero con la pretensión de des-conocer (bajo el velo de un padecimiento así vuelto destino) la existencia de la instancia angustiosa de posibilidad en que la pulsión fue encauzada por tal destino subyacente a esa renovación misma.

No quisiéramos entonces de demonizar al yo, efecto insidioso de cierta forma de transmisión del psicoanálisis. Se trata, más bien, de no ignorar que si la cura se basa sobre la revisión de una decisión deficiente a merced del fortalecimiento del yo, dicho fortalecimiento no se halla por la vía de los recursos y de la adaptación a la realidad (pues a raíz de dicha adaptación represora es que el yo ha enfermado y padecido), sino por las nuevas modalidades de satisfacción pulsional y de vivencia del mundo que la *Versagung* propicia, que implican un conflicto y una pérdida (pérdida del yo y el mundo dados, que son conmovidos en sus fundamentos por la pulsión y el deseo, pues dar nuevo destino a la pulsión reprimida es dar nuevo destino al fundamento del yo y del mundo y así, es dar lugar a un nuevo yo y mundo) y se hallan más allá del principio del placer, comportando una dimensión de significación y una dimensión ética. Asimismo, pues, por este camino, el movimiento de la existencia por el que el ser recoge lo dado en sí del sustrato identitario del yo, para por la pulsión y el deseo des-consistir su síntesis y su mundo, negarlos, y proseguirlos más allá de sí, abriéndolos a un tender del deseo y la pulsión no anticipado por el destino imaginado en la anterior trama mundana de significaciones estables, es decir, abriéndola a aquello más ajeno y más íntimo de sí que ese mundo precisamente niega en la misma medida que lo afirma en modo encubierto, aquello que causa el deseo y satisface la pulsión, luego de cuyo encuentro el mundo, y correlativamente, el yo, ya no son lo que antes, lo que angustia. Con sus floridos abanicos de formas identificatorias o, simplemente, con sus fantasmas de un chato destino, tal es la apertura que la síntesis resistente del yo y el mundo de la neurosis cierran, cierre por otro lado necesario para la integración de la existencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Freud, S. (1906). “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis”. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, Vol VII, 1992.
- Freud, S. (1908). “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, Vol. IX, 1992.

- Freud, S. (1915). "Pulsiones y destinos de pulsión". En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, Vol. XIV, 1992.
- Freud, S. (1917a). "16° Conferencia. El sentido de los síntomas". En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, Vol. XVI, 1992.
- Freud, S. (1917b). "23° Conferencia. Los caminos de la formación de síntoma". En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, Vol. XVI, 1992.
- Freud, S. (1919a). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. En *Obras Completas. Tomo XVII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992.
- Freud, S. (1919b). "Pegan a un niño". En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, Vol. XVII, 1992.
- Freud, S. (1923). "Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto. B: La responsabilidad moral por el contenido de los sueños". En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, Vol. XIX, 1992.
- Freud, S. (1937a). "Análisis terminable e interminable". En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, Vol. XVII, 1992.
- Freud, S. (1937b). "Análisis terminable e interminable". En *Obras Completas*. Trad. Luis López-Ballesteros.
- Lacan, J. (1962-1963). *El Seminario. Libro 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós, 2011.
- Lacan, J. (1963). "Kant con Sade". En *Escritos II*. Buenos Aires: Paidós, 2011.
- Lacan, J. (1972-1973). *El Seminario. Libro 20. Aún*. Buenos Aires: Paidós, 2011.
- Merleau-Ponty, M. (1945). *Fenomenología de la percepción*. Madrid: Editorial Nacional, 2002.

NOTAS

¹"El yo aprende también a adoptar una actitud defensiva hacia su propio ello y a tratar las demandas instintivas [pulsionales] del último como peligros externos, esto ocurre, por lo menos en parte, porque comprende que la satisfacción del instinto [*Trieb*/pulsión] llevaría a conflictos con el mundo externo" (Freud, 1937b) Trad. Luis López-Ballesteros. Las aclaraciones entre corchetes son nuestras. Donde López Ballesteros traduce en todos los casos el alemán *Trieb* por "instinto", leemos "pulsión" en la traducción de Etcheverry.

²"Si el contenido del sueño [...] no es el envío de un espíritu extraño, es una parte de mí ser; [...] y si para defenderme digo que lo desconocido, inconsciente, reprimido que hay en mí no es mi 'yo', no me situó en el terreno del psicoanálisis. [...] En el sentido metapsicológico esto reprimido malo no pertenece a mi 'yo', sino a un 'ello' sobre el que se asienta mi yo. Pero este yo se ha desarrollado desde el ello, [...] obedece a las incitaciones que parten del ello. [...] sería un infecundo comienzo separar al yo del ello". (1925, pág. 135)

³El yo es la forma unitaria (gestáltica) de la permanencia identitaria a lo largo de las sucesivas cogitaciones de la conciencia – es por ello que resulta el producto de la identificación (operación por la cual se constituye una identidad) y que puede el psicótico no mentir al afirmar tener otra identidad luego del desencadenamiento.

⁴Respecto de la relación de fundación de la pulsión respecto del yo, la psicosis exhibe claramente cómo la misma no es automática. Estando en primer plano en la psicosis la fragmentación autoerótica de las pulsiones, que se satisfacen anárquicamente, ello no

implica su organización en un cuerpo imaginario (yo), de lo que se sigue que la relación de fundación pulsiónayo *no significa causalidad lineal*, sino en cambio *posibilidad*, condición de posibilidad. No hay yo sin pulsión, pero la psicosis enseña que no se sigue de ello que por haber pulsión haya yo. La pulsión es condición no suficiente de la constitución del yo. Tal conclusión nos lleva hacia la necesidad de ubicar una instancia tercera más allá de la pulsión y el yo, la cual dé cuenta de dicha suficiencia, la cual sea, junto a la pulsión, la condición suficiente de constitución del yo. He ahí el lugar de lo simbólico en la constitución-reconstitución del yo en su génesis histórica y en la experiencia analítica.

⁵Esta tesis la podemos rastrear en la temprana definición de Freud del superyó a partir del imperativo categórico kantiano, el cual será el puntapié inicial de Lacan para releer la ética kantiana según el sadismo en Kant con Sade (1963). Asimismo, el carácter de exigencia de satisfacción que comporta el superyó es planteado por Lacan en *El Seminario 20* en los siguientes términos: "Nada obliga al sujeto a gozar, salvo el superyó. El superyó es el imperativo de goce: ¡Goza!" (1972-1973)

⁶Este término comporta en la lengua alemana una gran polisemia. Así pues, según el diccionario Duden (2016) de la lengua alemana, significa simultáneamente: 1- No hacer (ni poder hacer o llevar a término) lo esperado (lo que era expectativa: *das Erwartete*), fracasar en algo; 2- Repentinamente dejar de funcionar; dejar de realizar la función propia; 3- Denegar, no conceder; 4- Admitir/Acceder a renunciar a algo, no permitirselo; 5- No ponerse o no poner algo a disposición de alguien. Preferimos aquí reservar el término en alemán en pos de no perder su densidad semántica.

⁷Esta contribución se la debemos a Merleau-Ponty, quien en *Fenomenología de la percepción* (1945) define al mundo como sistema de significaciones y como *multiplicidad abierta e indefinida* en la que las relaciones son de *implicación recíproca*, en contraposición al *universo*, concebido como *totalidad consumada, explícita*, en la que las relaciones son de *determinación recíproca*.

⁸Superándolos en el pleno sentido del término *Aufhebung*: Síntesis que implica una supresión y una conservación de lo anterior bajo una forma superadora.

⁹Empleamos aquí el concepto de *intencionalidad* en el sentido de la fenomenología husserliana.

¹⁰El hecho de que en la represión de lo que se trata es de la pulsión está bien claro en la etimología del término alemán *Verdrängung*, en el cual la sustracción, el movimiento, la dislocación, el desplazamiento – *-ver* – del pulso esforzante – *Drang* – ligado a la representación aparece como su núcleo.

¹¹No quisiéramos incurrir en malentendidos en este caso. Simplemente referimos la *Versagung* como una necesaria condición de posibilidad para el cambio de modalidad de satisfacción pulsional. Por ello enfatizamos que del hecho de que la *Versagung* posibilite otras modalidades de satisfacción, no significa que sea suficiente para ello. He aquí la dimensión de libertad que implica un análisis: la pulsión se enredará y se procurará nuevas tramas y sustitutos aún a pesar de la *Versagung* que el analista opere, siendo ésta sólo aquello que frustrate tales tramas y sustituto, abriendo la posibilidad de nuevas posibilidades de satisfacción. No obstante, la opción distinta a partir de la cual se asuman esas nuevas modalidades de satisfacción, no recae del lado del analista, sino que es una opción distinta respecto de la alternativa entre defensa/yo-pulsión, opciones entre las que el sujeto está escindido.